

HEREJES
LEONARDO PADÚRA

NOTA DEL AUTOR

Muchos de los episodios narrados en este libro parten de una exhaustiva investigación histórica e, incluso, están escritos sobre documentos históricos de primera mano, como es el caso de *Javein mesoula (Le fond de l'abime)*, de N.N. Hannover, un impresionante y vívido testimonio de los horrores de la matanza de judíos en Polonia entre 1648 y 1653, escritos con tal capacidad de conmoción que, con los necesarios cortes y retoques, decidí retomarlo en la novela, rodeándolo de personajes de ficción. Desde que leí ese texto supe que no sería capaz de describir mejor la explosión del horror y, mucho menos, de imaginar los niveles de sadismo y perversión a los que se llegaron en la realidad constatada por el cronista y descrita por él, poco después.

Pero como se trata de una novela, algunos de los acontecimientos históricos han sido sometidos a las exigencias de un desarrollo dramático, en interés de su utilización, repito, novelesca. Quizás el pasaje donde con mayor insistencia realizo ese ejercicio está alrededor de los acontecimientos ubicados en la década de 1640, que en realidad son una suma de eventos propios de ese momento, mezclados con algunos de la década posterior, tales como la condena de Baruch Spinoza, el peregrinaje del supuesto mesías Sabbatai Zeví, o el viaje de Menasseh Ben Israel a Londres, con el cual consiguió, en 1655, que Cromwell y el Parlamento inglés dieran una tácita aprobación a la presencia de judíos en Inglaterra, proceso que pronto comenzó a producirse.

En los pasajes posteriores sí está respetada la estricta cronología histórica, con alguna pequeña alteración en la biografía de algunos personajes tomados de la realidad. Porque la historia, la realidad y la novela funcionan con motores diferentes.

Otra vez para Lucía, la jefa de la tribu

Hay artistas que solo se sienten seguros cuando gozan de libertad, pero hay otros que solo pueden respirar libremente cuando se sienten seguros.

Arnold Hauser

Todo está en manos de Dios, excepto el temor a Dios.

El Talmud

Quienquiera que haya reflexionado sobre estas cuatro cosas, mejor habría hecho no viniendo al mundo: ¿qué es lo que hay arriba?, ¿qué es lo que hay abajo?, ¿qué es lo que ha habido antes?, ¿qué es lo que habrá después?

Sentencia rabínica

HEREJE. Del gr. αἱρετικός — haretikós, adjetivo derivado del sustantivo αἵρεσις — haíresis «división, elección», proveniente del verbo αἱρεῖσθαι — *haireísthai* «**elegir, dividir, preferir**», originariamente para definir a personas pertenecientes a otras escuelas de pensamiento, es decir, que tienen ciertas «preferencias» en ese ámbito. El término viene asociado por primera vez con aquellos cristianos disidentes a la temprana Iglesia en el tratado de Ireneo de Lyon «contra haereses» (finales del siglo II), especialmente contra los gnósticos. Probablemente deriva de la raíz indoeuropea *ser con significado de «coger, tomar». En hitita se encuentra la palabra *šaru* y en galés *herw*, ambas con el significado de «botín».

Según el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*: HEREJE. «(Del prov. *eretge*). 1. com. Persona que niega alguno de los dogmas establecidos por una religión. || 2. Persona que disiente o se aparta de la línea oficial de opinión seguida por una institución, una organización, una academia, etc. [...]. coloq. **Cuba. Dicho de una situación: [Estar hereje] Estar muy difícil, especialmente en el aspecto político o económico.**

Libro de Daniel

Varios años le tomaría a Daniel Kaminsky llegar a aclimatarse a los ruidos exultantes de una ciudad que se levantaba sobre la más desembozada algarabía. Muy pronto había descubierto que allí todo se trataba y se resolvía a gritos, todo rechinaba por el óxido y la humedad, los autos avanzaban entre explosiones y ronquidos de motores o largos bramidos de claxon, los perros ladraban con o sin motivo y los gallos cantaban incluso a medianoche, mientras cada vendedor se anunciaba con un pito, una campana, una trompeta, un silbido, una matraca, un caramillo, una copla bien timbrada o un simple alarido. Había encallado en una ciudad en la que, para colmo, cada noche, a las nueve en punto, retumbaba un cañonazo sin que hubiese guerra declarada ni murallas para cerrar y donde siempre, siempre, en épocas de bonanza y en momentos de aprieto, alguien oía música y, además, la cantaba.

En sus primeros tiempos habaneros, muchas veces el niño trataría de evocar, tanto como le permitía su mente apenas poblada de recuerdos, los pastosos silencios del barrio de los judíos burgueses de Cracovia en donde había nacido y vivido sus primeros años. Por pura intuición de desarraigado perseguía aquel territorio magenta y frío del pasado como una tabla capaz de salvarlo del naufragio en que se había convertido su vida, pero cuando sus recuerdos, vividos o imaginados, tocaban la tierra firme de la realidad, de inmediato reaccionaba y trataba de escapar de ella, pues en la silenciosa y oscura Cracovia de su infancia un vocerío excesivo solo podía significar dos cosas: o era día de mercado callejero o se cernía algún peligro. Y en los últimos años de su estancia polaca, el peligro llegó a ser más frecuente que las vendutas. Y el miedo, una compañía constante.

Como era de esperar, cuando Daniel Kaminsky cayó en la ciudad de las estridencias, durante mucho tiempo recibiría los embates de aquel explosivo estado sonoro como una ráfaga de alarmas capaz de sobresaltarlo, hasta que con los años consiguió comprender que en ese nuevo mundo lo más peligroso solía venir precedido por el silencio. Ven-

cida aquella etapa, cuando al fin logró vivir entre ruidos sin escuchar los ruidos, como se respira el aire sin conciencia de cada inhalación, el joven Daniel descubrió que ya había perdido la capacidad de apreciar las benéficas cualidades del silencio. Pero se ufanaría, sobre todo, de haber conseguido reconciliarse con el estrépito de La Habana, pues, al mismo tiempo, había alcanzado el empeinado propósito de sentir que pertenecía a aquella ciudad turbulenta adonde, por suerte para él, había sido arrojado por el empuje de una maldición histórica o divina —y hasta el final de su existencia dudaría respecto a la más atinada de esas atribuciones.

El día en que Daniel Kaminsky comenzó a sufrir la peor pesadilla de su vida y, al mismo tiempo, a tener los primeros atisbos de su privilegiada fortuna, un envolvente olor a mar y un silencio intempestivo, casi sólido, se cernían sobre la madrugada habanera. Su tío Joseph lo había despertado mucho más temprano de la hora en que solía hacerlo para enviarlo al Colegio Hebreo del Centro Israelita, donde ya el niño recibía instrucción académica y religiosa, más las indispensables lecciones de lengua española que le permitirían su inserción en el mundo abigarrado y variopinto donde viviría, solo sabía el Santísimo por cuánto tiempo. Pero el día comenzó a revelarse diferente cuando, luego de darle la bendición del Shabat y la congratulación por Shavuot, el tío rompió su medida habitual y depositó un beso en la frente del muchacho.

El tío Joseph, también Kaminsky y por supuesto polaco, para aquel entonces llamado por quienes lo trataban como Pepe Cartera —gracias a la maestría con la cual desempeñaba su oficio de fabricante de bolsos, billeteras y carteras, entre otros artículos de piel—, siempre había sido, y lo sería hasta su muerte, un estricto cumplidor de los preceptos de la fe judaica. Por ello, antes de permitirle probar el anticipado desayuno ya dispuesto sobre la mesa, le recordó al muchacho que debían hacer no solo las abluciones y los rezos habituales de una mañana muy especial, pues había querido la gracia del Santísimo, bendito sea Él, que cayera en Shabat la celebración de Shavuot, la milenaria fiesta mayor consagrada a recordar la entrega de los Diez Mandamientos al patriarca Moisés y la jubilosa aceptación de la Torá por parte de los fundadores de la nación. Porque esa madrugada, como le recordó el tío en su discurso, también debían elevar otras muchas plegarias a su Dios para que su divina intercesión los ayudara a solucionar del mejor modo lo que, de momento, parecía haberse complicado de la peor manera. Aunque tal vez las complicaciones no los alcanzaran a ellos, añadió y sonrió con picardía.

Tras casi una hora de rezos durante la cual Daniel creyó que desfallecería de hambre y sueño, Joseph Kaminsky al fin le indicó que podía servirse del abundante desayuno en el cual se sucedieron la leche tibia de cabra (que, por ser sábado, la italiana María Perupatto, apostólica y romana, y por tal condición escogida por el tío como «goy del Shabat», les había colocado sobre los carbones ardientes de su anafe), las galletas cuadradas llamadas *matzot*, confituras de frutas y hasta una buena ración de *baklavá* rebosante de miel, un banquete que le haría preguntarse al niño de dónde habría sacado el tío el dinero para tales lujos: porque de aquellos años Daniel Kaminsky recordaría, para el resto de su larga presencia en la tierra, además de los tormentos que le regalaban los ruidos del ambiente y la semana horrible que viviría desde aquel instante, el hambre insaciable e insaciada que siempre lo perseguía, como el más fiel de los perros.

Inusual y opíparamente desayunado, el muchacho había aprovechado la dilatada estancia de su estreñado tío en los baños colectivos del falansterio donde vivían para subir a la azotea del edificio. La losa todavía estaba fresca a aquellas horas previas a la salida del sol, y, desafiando las prohibiciones, se atrevió a asomarse al alero para contemplar el panorama de las calles Compostela y Acosta, donde había ido a situarse el corazón de la cada vez más crecida judería habanera. El siempre abarrotado edificio del Ministerio de Gobernación, un antiguo convento católico de tiempos coloniales, permanecía cerrado a cal y canto, como si estuviera muerto. Por la arcada contigua bajo la cual discurría la calle Acosta y formaba el llamado Arco de Belén, no transitaba nada ni nadie. El cine Ideal, la panadería de los alemanes, la ferretería de los polacos, el restaurante Moshé Pipik que el apetito del niño siempre observaba como la mayor tentación reinante en la tierra, tenían sus cortinas bajadas, las luces de los escaparates apagadas. Aunque en los alrededores vivían muchos judíos y, por tanto, la mayoría de aquellos negocios eran de judíos y en algunos casos permanecían cerrados los sábados, la quietud imperante no se debía solo a la hora o a que estuvieran en Shabat, día de Shavuot, jornada de sinagoga, sino al hecho de que en ese instante, mientras los cubanos dormían a pierna suelta el feriado pascual, la mayoría de los asquenazíes y sefardíes de la zona escogían sus mejores ropas y se preparaban para salir a la calle con las mismas intenciones que los Kaminsky.

El silencio de la madrugada, el beso del tío, el inesperado desayuno y hasta la feliz coincidencia de que Shavuot cayera en sábado, en realidad solo habían venido a ratificar la expectación infantil de Daniel Kaminsky respecto a la previsible excepcionalidad de la jornada que se

iniciaba. Porque la razón de su anticipado despertar era que, para algún momento cercano al amanecer, estaba anunciada la llegada al puerto de La Habana del transatlántico S.S. *Saint Louis*, que había zarpado de Hamburgo quince días antes y a bordo del cual viajaban novecientos treinta y siete judíos autorizados a emigrar por el gobierno nacional-socialista alemán. Y, entre los pasajeros del *Saint Louis*, estaban el médico Isaías Kaminsky, su esposa Esther Kellerstein y la pequeña hija de ambos, Judit, o sea, el padre, la madre y la hermana del pequeño Daniel Kaminsky.

Desde el instante en que abrió los ojos, incluso antes de conseguir reubicar su desvencijada conciencia, todavía húmeda de ron barato, en la circunstancia de que había pasado la noche en la casa de Tamara y de que era Tamara, como ya casi no podía dejar de ser, la mujer que dormía a su lado, Mario Conde recibió como una estocada sibilina la insidiosa sensación de derrota que lo acompañaba desde hacía ya demasiado tiempo. ¿Para qué levantarse? ¿Qué podía hacer con su día?, le volvió a preguntar la persistente sensación. Y el Conde no supo qué responderle. Agobiado por aquella incapacidad de darse alguna respuesta, abandonó la cama poniendo el mayor cuidado en no alterar el plácido sueño de la mujer, de cuya boca semiabierta escapaban un hilo de saliva plateada y un ronquido casi musical, atiplado tal vez por la secreción misma.

Ya sentado a la mesa de la cocina, luego de beber una taza del café recién hecho y de darle fuego al primero de los cigarros del día que tanto lo ayudaban a recuperar su dudosa condición de ser racional, el hombre miró a través de la puerta el patio donde comenzaban a instalarse las primeras luces del que amenazaba con ser otro caluroso día de septiembre. La ausencia de expectativas resultaba tan agresiva que decidió, en ese instante, arrostrarla del mejor modo que conocía y de la única forma que podía: de frente y luchando.

Una hora y media después, con los poros desbordados de sudor, aquel mismo Mario Conde recorría las calles del Cerro anunciando a voz en cuello, como un tratante medieval, su desesperado propósito: —¡Compro libros viejos! ¡Arriba, a vender tus libros viejos!

Desde que dejó la policía, casi veinte años atrás, y, como tabla de salvación, entró en la muy delicada pero por entonces todavía jugosa actividad de la compra y venta de libros de segunda mano, Conde había practicado todas las modalidades en las que se podía ejecutar el negocio: desde el primitivo método del vociferante anuncio callejero de su propuesta comercial (que en una época tanto lacerara su orgullo), has-

ta la búsqueda específica de bibliotecas señaladas por algún informante o antiguo cliente, pasando por la de tocar a la puerta de las casas del Vedado y Miramar que, por cierto rasgo para otros imperceptible (un jardín descuidado, unas ventanas con un vidrio roto), pudieran sugerirle la posible existencia de libros y, sobre todo, de las necesidades de venderlos. Para su fortuna, cuando un tiempo después conoció a Yoyi el Palomo, aquel joven con un desaforado instinto mercantil, y comenzó a trabajar con él en la búsqueda solo de bibliografías selectas para las cuales el Yoyi siempre tenía los compradores precisos, Conde había empezado a vivir un período de prosperidad económica que había durado varios años y le había permitido ejercitar, hasta con cierto desenfreno, los eventos que más le satisfacían en la vida: leer buenos libros y comer, beber, escuchar música y filosofar (hablar mierda, en puridad) con sus más viejos y encarnizados amigos.

Pero su actividad comercial no era un pozo sin fondo. Desde hacía tres, cuatro años, poco después de que se topara con la fabulosa biblioteca de la familia Montes de Oca, protegida y cerrada durante cincuenta años por el celo de los hermanos Dionisio y Amalia Ferrero,* nunca había vuelto a encontrar una veta prodigiosa como aquella, y cada pedido realizado por los exigentes compradores de Yoyi implicaba grandes esfuerzos para poder satisfacerlo. El terreno, cada vez más esquilado, se había llenado de grietas, como las tierras sometidas a largas sequías, y Conde había comenzado a vivir períodos en los que las bajas eran mucho más frecuentes que las altas, y lo obligaron a recuperar con más frecuencia la modalidad pobretona y sudorosa de la compra callejera.

Otra hora y media después, cuando hubo atravesado parte del Cerro y llevado sus gritos hasta el barrio vecino de Palatino, sin obtener resultado alguno, la fatiga, la desidia y el sol brutal de septiembre le obligaron a cerrar las cortinas del negocio y encaramarse en una guagua, salida nadie sabía de dónde y que milagrosamente se detuvo ante él y lo llevó hasta las inmediaciones de la casa de su socio comercial.

Yoyi el Palomo, a diferencia del Conde, era un empresario con visión y había diversificado sus actividades. Los libros raros y valiosos solo eran uno de sus hobbies, aseguraba, pues sus verdaderos intereses estaban en asuntos más productivos: compra y venta de casas, autos, joyas, objetos valiosos. Aquel joven ingeniero que jamás había tocado un tornillo ni entrado en una obra había descubierto hacía tiempo, con una clarividencia siempre capaz de asombrar al Conde, que el país donde

* *La neblina del ayer*, Tusquets Editores, 2005.

vivían quedaba muy lejos del paraíso dibujado por los periódicos y discursos oficiales, y había decidido sacar el provecho que los más aptos siempre extraen de la miseria. Sus habilidades e inteligencia le permitieron abrir varios frentes, en los bordes de la legalidad aunque no demasiado lejos del límite, negocios de los cuales obtenía los ingresos que le permitían vivir como un príncipe: desde gastarse ropas de marcas y joyas de oro, hasta saltar de restaurante en restaurante, siempre acompañado por mujeres bellas y moviéndose sobre aquel descapotable Chevrolet Bel Air de 1957, el auto considerado por todos los conocedores como la máquina más perfecta, duradera, elegante y confortable que alguna vez saliera de una fábrica norteamericana —y por la cual el joven había pagado una fortuna, al menos en términos cubanos—. Yoyi era, a todos los efectos, un ejemplar de catálogo del Hombre Nuevo supurado por la realidad del medio ambiente: ajeno a la política, adicto al disfrute ostentoso de la vida, portador de una moral utilitaria.

—Coño, *man*, tienes tremenda cara de mierda —dijo el joven al verlo llegar, sudoroso y con aquella faz calificada con tanta precisión semántica y escatológica.

—Gracias —se limitó a decir el recién llegado y se dejó caer en el mullido sofá desde donde Yoyi, recién duchado luego de gastar dos horas en un gimnasio privado, aprovechaba el tiempo viendo en su plasma de cincuenta y dos pulgadas un partido de beisbol de las Grandes Ligas norteamericanas.

Como solía ocurrir, Yoyi lo invitó a almorzar. La empleada que le cocinaba al joven había preparado aquel día bacalao a la vizcaína, arroz con grí, plátanos en tentación y una ensalada de muchas verduras que Conde deglutió con hambre y alevosía, ayudado por la botella de un Pesquera de reserva que Yoyi extrajo del *freezer* donde conservaba sus vinos a la temperatura exigida por los vapores del trópico.

Mientras bebían el café en la terraza, Conde volvió a sentir la punzada del agobio frustrante que lo perseguía.

—Esto no da más, Yoyi. Ya la gente no tiene ni periódicos viejos...

—Siempre aparece algo, *man*. Pero no puedes desesperarte —dijo el otro mientras, como era su costumbre, sobaba la enorme medalla de oro con la efigie de la Virgen que, colgada de una cadena gruesa y del mismo metal, caía sobre la protuberancia pectoral, como un buche de paloma, a la que debía su apodo.

—Y si no me desespero, ¿qué coño hago?

—Huelo en el ambiente que nos va a caer un encargo gordo —dijo Yoyi, y hasta olfateó el aire cálido de septiembre—. Y te vas a llenar de pesos...

Obras de Leonardo Padura en Tusquets Editores

SERIE MARIO CONDE

- Pasado perfecto (Andanzas 690/1 y Maxi Serie Mario Conde 1)
Vientos de cuaresma (Andanzas 690/2 y Maxi Serie Mario Conde 2)
Máscaras (Andanzas 690/3 y Maxi Serie Mario Conde 3)
Paisaje de otoño (Andanzas 690/4)
Adiós, Hemingway (Andanzas 690/5)
La neblina del ayer (Andanzas 690/6 y Maxi Serie Mario Conde 6)
La cola de la serpiente (Andanzas 690/7)

*

- La novela de mi vida (Andanzas 470)
El hombre que amaba a los perros (Andanzas 700 y Maxi 027/1)
Herejes (Andanzas 813)